



Pablo  
Slonimsqui

LA VEREDA IMPAR  
DEL PASAJE  
RIVAROLA

PABLO SLONIMSQUI

LA VEREDA IMPAR  
DEL PASAJE RIVAROLA

 Planeta

## I

Está científicamente demostrado que es más fácil ganar cuando uno hace trampa. Cuando tiene la posibilidad de salir de los laberintos por arriba. También es claro que las probabilidades de éxito aumentan cuando en la selva nos ponemos del lado de los leones. Y si el león además es tramposo, las oportunidades de triunfar se multiplican.

Poco tengo para aportar al respecto. Esto se supo siempre, nadie discute lo verdadero de esta idea. Pero hoy el concepto de trampa está desdibujado hasta hacerse irreconocible y los leones se confunden entre la multitud a punto tal que cuesta distinguirlos, aun cuando van acompañados de serpientes y ratas.

Y acá es donde entro yo. Para dar certidumbre.

Si se tiene en cuenta lo escaso de mis posibilidades, seguramente podrá perdonarse la complacencia, la cobardía, la falta de profundidad y la poca convicción para poder revelar las complejidades que esconde lo que voy a contar.

Pero cuando llegue el momento indicado, se darán cuenta de que soy más inteligente de lo que creían.

No presumo, pero estoy en forma. Donde hay errores hay experiencia.

Soy abogado, mediocre hasta la exasperación, y he ido más allá de donde necesitaba ir, obteniendo méritos más que suficientes para pasar la noche en un calabozo, aunque eso todavía no haya ocurrido.

Con el vocabulario de un estafador —el lenguaje del cual ya no podré desprenderme—, siempre al borde del fiasco, los invito a sortear los prejuicios y confiar en que a final de cuentas no lo hice tan mal.

No miento, eso es un punto a favor. Voy a darles información de valor, confiable, mayormente confidencial, con la previa advertencia de que incluso a partir de ella no conocerán toda la verdad. Si lo que cuento jamás ocurrió, apenas importa: soy la voz de una época, acaso su conciencia.

Ustedes van a condenar mis métodos por inmorales. Seguramente se van a escandalizar. Se van a mostrar virtuosos, exigirán a gritos transparencia. Van a negarme en público y en privado; van a repudiar mi existencia. Pero cuando se cierren las puertas del laberinto y sean ustedes quienes queden atrapados, viendo al león salir de cacería y acercarse, entonces van a rezar por mí. Me querrán de su lado. Que sea yo quien finalmente cuente sus historias.

Mucho más no puedo decir.

Soy un heraldo de la justicia que no puede anticipar veredictos ni revelar su identidad, o lo que queda de ella. Me muevo en las sombras.

Trabajo para los servicios secretos.

## II

El pasaje Dr. Rodolfo Rivarola es una calle espejo, la única arteria en la ciudad de aspecto simétrico en su construcción.

En cada vereda, ocho edificios de cinco pisos con tres departamentos cada uno.

Originalmente, la propiedad de todo el pasaje correspondía a la Compañía de Seguros La Rural, que dio a las viviendas destino de alquiler, hasta que la ley de propiedad horizontal de 1948 permitió que sus habitantes las compren. Por sus especiales características estéticas y la cercanía con los tribunales, de extraordinaria importancia estratégica, el lugar no tardó en convertirse en refugio de abogados.

Fue por este motivo que conocí el pasaje cuando, cerca de cumplir los treinta años, acepté una oferta para dejar atrás mi trabajo en la Justicia y probar suerte en la profesión, incorporándome a un estudio de abogados prestigiosos, en apariencia dispuestos a dar oportunidades a quien las merece y no a parientes desorientados que entonces y ahora aparecen por doquier.

Así fue que a las diez de la mañana de un día de marzo, ocho años después de haber ingresado a Tribunales —donde los jóvenes entramos carnívoros y salimos veganos—, llegué al primer edificio de la vereda impar del pasaje —o al último, depende por dónde se entre— caminando despacio. Dejaba atrás una zona gris de mi formación profesional, un puñado

—solo un puñado— de momentos gratos. Y lo más difícil, dejaba atrás a mi amiga Maura. Mi compañerita de banco, de esas que te cubren cuando te hacés la rata, la que a regañadientes deja que te copies la tarea y te hace jurar que para la próxima vas a estudiar, la que te presta el compás y la regla y te alegra los recreos. La dejé abandonada en el medio del mar, sin salvavidas, condenándola a una existencia rutinaria, apegada a horarios, instrucciones, dictámenes, resoluciones, escalafones, justo a ella, que jamás me hubiese hecho algo parecido. Me alejé de su espíritu generoso y de su buen corazón, y solo volvía la mirada hacia atrás cada tanto, para ver si todavía flotaba.

Pronto sabría cuánto la echaría de menos.

Al entrar al pasaje Rivarola se cruza una frontera, se abandona un país para entrar en una patria. Lo saben bien las parejas de enamorados que vienen aquí a besarse por primera vez, buscando el aval de un lugar único para un romance. Un escenario inmejorable para dar comienzo a cualquier aventura.

Me recibió el portero del que sería mi edificio. Según supe luego, se trataba de un conquistador surrealista, un poco coqueto para mi gusto, demasiado bonachón para ser temido, pero aun así considerado por el vecindario como si fuera descendiente por línea directa de Giacomo Girolamo Casanova. Nadie sabía bien cómo lograba seducir a las mujeres. Porque para protagonizar romances de barrio fulminantes hace falta, por lo general y como mínimo, una pinta que impacte.

Este personaje huidizo me saludó con aire cordial y me acompañó hasta el ascensor. Impresiona, aún hoy, todo lo que puede transmitir *este* portero en pocos metros, la optimización de las distancias breves para comunicar noticias locales, de un modo que solo puede hacerlo quien conoce de síntesis, maneja contenidos vecinales de impacto y pasa buena parte del día imaginando intrigas de palier.

Los ascensores del pasaje Rivarola son un tema en sí mismos, llaman la atención desde el primer vistazo. Una cabina hecha con lo que alguna vez fue la estructura de un confesionario —un detalle que sugiere la posibilidad de confesarse de manera exprés durante el viaje— que asciende por el tracto central de las escaleras de mármol con vidrieras que rodean el tragaluz del edificio. Su puerta tijera permite ver el interior del cubículo y anticipar encuentros inoportunos. Un espejo gobierna la cabina —la enaltece—, con pequeños lunares de metal oxidado en sus bordes, negros en el centro rodeados por un gris amarillento. Una pieza histórica que transmite sensaciones que ni siquiera el barniz puntualmente aplicado sobre sus paredes de madera logra disimular. Pero hay que decir que este elevador ha envejecido bien. Como Catherine Deneuve. Su antigua función eventualmente sobrevive. De hecho, cuando se descompone no llaman para su arreglo a un técnico, llaman a un sacerdote. Los vecinos que practican el credo suelen abrir su puerta interna subrepticamente, o aprovechar un oportuno corte de luz que detiene el aparato entre dos pisos para conversar sin intermediarios con Dios. Sucede a menudo.

Al descender en el tercer piso pude ver de inmediato la placa:

Eliosoff & Rabinovich  
Abogados

Las oficinas, que estaban y siguen estando aún hoy situadas a una altura privilegiada, contaban con amplios ventanales desde los que podía contemplarse todo el pasaje, eran particularmente elegantes entonces, aunque esto último con el paso del tiempo un poco se perdió.

Olían a limpio. Los ambientes estaban decorados con el gusto exquisito y personal de quien no siente ninguna necesidad

de impresionar a sus visitas. La falta de cuadros se compensaba con estanterías repletas de libros y carpetas. Los espacios de trabajo sugerían sobriedad y estilo. Y una mística descomunal.

No se puede decir que en aquel primer día las razones que motivaron mi convocatoria estuvieran del todo claras. Que se tratara de un estudio de abogados en su apogeo y el caudal de trabajo superara los recursos con los que entonces contaba, es mentira. Que mis nuevos socios necesitaran a alguien joven e inexperto para sobrellevar el peso de las minucias cotidianas y, de este modo, evitar que alguien descubra que eso ya les importaba un bledo, podría ser verdad.

Tampoco nunca nadie fue demasiado explícito respecto de por qué el elegido para incorporarse al bufete —sí, dije «bufete»— había sido yo, que para esas fechas solo podía exhibir antecedentes de dimensiones modestísimas, poco aspecto de buena inversión, salvo para quien busca aprendices en una liquidación de fin de temporada. ¿Existió alguna razón concreta? ¿Algún mérito oculto en mi pasado que permitiera ignorar mis múltiples defectos?

Cabe también preguntarse si mis nuevos socios, de haber podido acceder a otros candidatos, igual me hubiesen escogido. Un malentendido, quizá.

Las explicaciones que me brindaron refirieron siempre a motivos tangencialmente profesionales. Pero por improbable que parezca, la razón más profunda, la más decisiva, la única razón esgrimida de un modo razonablemente satisfactorio fue que, tras consultar en forma reservada a distintas personas de mi entorno, llegaron a una conclusión irrefutable: yo era normal.

Ese fue el increíble argumento que utilizaron.

Posiblemente me consideraron inofensivo, una fuente poco probable de daño antes que una promesa rebotante de



juventud y proyectos. Todas las explicaciones sonaban a excusa. Evasivas. Raro.

Porque para algunos abogados, la profesión es un simple ganapán y si pudiesen dedicarse a otra cosa, lo harían sin dudarlo. Sus oficinas son apenas un espacio necesario para desarrollar sus labores y punto. Y eso se nota enseguida. Pero para mis nuevos socios, su profesión reflejaba una vocación irrenunciable. Sus oficinas eran el hogar conyugal. Su lugar en el mundo, donde bien podrían cerrar la puerta por dentro y perder la llave. Un templo sagrado. Nadie entraba ahí por casualidad.

Si bien en aquel primer momento la cuestión dejó de importarme de inmediato, sería mentir y además resultaría un error estratégico no adelantarles que ese interrogante, ¿por qué yo?, bien podría ser una de las claves de mi historia.

Y además quiero decir que cuando se desconocen las razones por las cuales uno ha sido elegido para desarrollar una tarea de esta naturaleza, se pierde potencia en el arranque, por lo menos las personas inseguras.

### III

*En la cortada más maleva una canción  
dice su ruego de coraje y de pasión.  
Una promesa y un suspirar  
borró una lágrima de pena aquel cantar.*

ALFREDO LE PERA, CARLOS GARDEL

Si Joe Frazier es recordado por su gancho de izquierda, Mike Tyson por su ascendente, George Foreman por su rechazazo y Muhammad Ali por su velocidad de piernas, Eliosoff y Rabinovich quedaron en la memoria colectiva por su *uppercut*, un golpe dirigido de abajo hacia arriba buscando el mentón del adversario, por lo general el del abogado de la contraparte. Pocos boxeadores profesionales pueden exhibir tantos triunfos como ellos.

Se dirá que es poco civilizado, violento —lo que ustedes quieran—, pero el lenguaje universal de los puños resultó ser un aporte como método alternativo de resolución de conflictos eficaz.

Primero como *sparring* y luego como secretaria, los púgiles siempre estuvieron acompañados por Martita, una multitalentos cuya edad es un misterio, dueña de una simpatía sin parangón, consagrada en cuerpo y alma a su tarea. Quienes la conocían aseguraban que no había nada que ella no supiera hacer. Absolutamente nada.

El dato objetivo es que la muchacha los consideraba familia y el sentimiento era recíproco. Y con eso bastaba. Había

un vínculo, un espacio de intimidad que iba más allá del entendimiento. Una lealtad conmovedora, a prueba de todo. El cariño que se profesaban era inocultable; el modo en que lo profesaban, peculiar.

Si ellos confiaban en ella, yo también iba a confiar.

El primer día de mi nueva vida empezó como una jornada previsible, que se fue en las indicaciones propias del comienzo, hasta que, como en la mejor tradición de las películas del género, culminamos mi primera tarde oficial tomando whisky en la sala de reuniones del estudio, gobernada por un ventanal que se abría a los mil tonos de gris que ofrecía la vista.

Más tarde sabría que esa ventana era un lugar privilegiado para ver y entender, siempre desde una perspectiva cromática, por qué los relámpagos no se le animaban al pasaje, cómo era el amanecer luego de una noche de trabajo y cómo una ocasional flojera existencial se podía superar observando a los vecinos, siempre a punto de declarar la independencia del pasaje Rivarola del resto de la ciudad. Aquel final de jornada se convirtió en el principio de todo: cuatro horas que pasé en trance, sin despegar los labios más que para reírme. Inmóvil, como un chico que aprende buenas maneras. Mis socios, como si hubiese mucho por contar y no les alcanzara el tiempo.

A esta altura si lo poco que yo sabía hacer no era suficiente para ellos, estaba claro que ya no podría volver a los días miserables de empleado judicial. Subrayo miserables. Comprendí que estaba sucediendo algo enorme.

Pasar un día en el pasaje Rivarola es equivalente a cruzar el Rubicón y ya es imposible dar marcha atrás. Uno comprende que está entrando en un mundo nuevo y pierde toda idea de cuál es el camino de regreso a un pasado insípido.

Parte de aquella tarde la dedicaron mis nuevos socios a familiarizarme con mi nuevo hogar. Me contaron acerca de sus habitantes, sus misterios y sus mil leyendas, los crímenes y romances que allí habían tenido lugar, su condición de escenario obligado de películas o publicidades con pretensiones estéticas, la oferta gastronómica excesivamente modesta que ofrecía la zona, el ruego silencioso de su periferia, de rodillas, pidiendo perdón por su escasa ambición arquitectónica, la luminosidad plateada que baña al lugar después de cada lluvia, los mensajes que se ocultan en el vuelo de las palomas sobre los techos y demás misceláneas que ya conocería con más detalle.

Y ya en tono de confianza, me hablaron de uno de los grandes secretos del pasaje: una figura espectral, el alma atormentada de un abogado que había muerto de pena y soledad luego de perderlo todo defendiendo a gente sin recursos, que vivía en los túneles del alcantarillado y se paseaba por las noches sobre una alfombra de bruma tendida sobre el empedrado de la calle maldiciendo el espíritu de todos los mercenarios que amenazaban el prestigio —y bajaban la cotización— del lugar. Hasta hoy se niega a descansar en su tumba y pasa las horas pensando en que a estos abogados habría que hacerles *algo*.

Un fantasma tímido, discreto y depresivo, recitador de poemas tristes. Un espectro romántico, con sueños aún por realizar. Nadie lo había visto pero todos habían oído hablar de él. Un fantasma mil veces más interesante que el de la Ópera o el de Canterville.

Me gustaba el aroma de todo eso.

Rara vez algo me cae tan bien en un primer encuentro. Estaba dispuesto a poner mi vida en manos de esa gente. Los escuchaba y era como si su voz me resultase conocida de un tiempo anterior, de cuando tenía ilusiones. Porque ahora, con ellos, todo volvía a ser posible.

Llegando al final de la jornada, inspirado en un episodio reciente cercano a la comedia, Rabinovich tomó las riendas de la conversación para ya no soltarlas. Eso significaba que nos torturaría con sus argumentos hasta que estemos total y completamente de acuerdo con él, quien por esta clase de arranques no podía ser definido como ninguna otra cosa que como la persuasión en acto. Ganarle una discusión a Rabinovich era una de las cosas más difíciles del mundo. Con él era escuchar y aprender.

Había ocurrido que un juez, una vez más, había protagonizado un incidente insólito. Cerca de la medianoche, no importa de que día, había entrado en un albergue transitorio acompañado de una señorita cuya identidad no trascendió.

«Escándalo en el queco», habían titulado los diarios de la mañana.

Según declararon los testigos, el juez, en avanzado estado de ebriedad, había solicitado una habitación y una botella de *champagne*, cuya marca tampoco trascendió, cuando a todas luces se trataba de un detalle relevante. Momentos después, cuando su compañía se hubo retirado, el juez, desaliñado, agredió con la botella al conserje del hotel. Por si fuera poco, cuando llegó la policía insultó y amenazó a los uniformados. Invocó su relación con el jefe de la fuerza y también se dijo amigo del director general de comisarías. Tras la llegada de cuatro patrulleros y cinco móviles no identificables, el energúmeno se presentó como juez y amenazó con tomar represalias.

Aun cuando el protagonista de la historia luego había tenido la decencia de sentirse abochornado y renunciar, esta clase de sucesos renovaban en Rabinovich su convicción acerca de la necesidad de iniciar una avanzada homicida contra todos los funcionarios judiciales, quienes a su entender, utilizaban su puesto exclusivamente para obstaculizar la vida de los demás. No era para él una preocupación menor; era

una obsesión en toda regla. Había desarrollado en detalle su plan, dedicándole jornadas enteras. Una redistribución sangrienta de roles, que incluía una atractiva variante orientada a lograr que, tras un ataque inicial, aprovechando las relaciones de grave desconfianza que existen en ese universo, los funcionarios judiciales se agredieran entre ellos hasta su extinción como subespecie. Resultado que consideraba de probada necesidad.

Sobre el final de esa primera tarde, la silla en la que estaba era la más acogedora de la Tierra. Sospechosamente acogedora. No tenía ganas de volver a mi casa. Había llegado a puerto. Yo quiero esto para mí, pensé. Categórico, con la meditada convicción de que en ningún lugar sería más feliz que ahí, donde solo pasarían cosas extraordinarias.

Si de mí hubiese dependido, me habría quedado a vivir en esa reunión con mis dos nuevos héroes, que a esas horas ya habían dejado de ser Eliosoff y Rabinovich para convertirse en Pepe y Bocho. Me pareció entonces y me sigue pareciendo un plan de primera.

Nada volvió a ser igual después de aquella tarde.

Hoy los dos son leyenda en el foro local. De ellos se cuentan mil historias, algunas de ellas ciertas. No se parecieron a ningún otro abogado que haya litigado en esta parte del mundo. Convirtieron la experiencia profesional en algo noble y heroico, con múltiples texturas a flor de piel. Fabricantes de milagros, como afirman sin dudar quienes los conocieron.

Con visiones sobre la existencia y las posibilidades que ella ofrece radicalmente distintas, formaron una dupla de cine que destacó entre una generación de abogados que en su mayoría tenían problemas mentales serios, desajustes en la conducta social y que mostró los primeros signos de deterioro al no advertir que en esta profesión resulta fácil ganar dinero —a no pelearse, hay para todos— pero difícil haciendo algo que valga la pena.

En un negocio en el que, como en la mayoría, la honradez mal entendida es el camino más seguro para morir de hambre, mis nuevos socios, con su legendario arsenal argumental, se permitieron el lujo táctico de evitar la estupidez del mundo y sus pequeñas delincuencias cotidianas para tomar un camino que si bien no les garantizaba el éxito, los protegía razonablemente del fracaso.

Y se dedicaron a protegerme de aquellas personas que solo ejercen la profesión por dinero y especulación.

A principio de cada mes, después de pagar los gastos del estudio, entre los dos no juntaban ni para un café.